

1892 1921

1892*

A consecuencia de las injurias que en un artículo calzado con el seudónimo "Óscar" lanzó *El Tiempo* a todos los españoles residentes en México, el honorable caballero español, don Ramón del Valle-Inclán, se presentó antier en la redacción del colega a preguntarle el nombre de la persona que tras de ese seudónimo se oculta. No habiéndole sacado de dudas ninguno de los redactores, pidió ver al director del periódico y después de algunas dilaciones, fue introducido a su despacho, entablándose entre ambos el siguiente diálogo:

—¿Usted es el director de *El Tiempo*?

—Sí, señor.

—¿Quién es "Óscar"?

—Es uno de tantos secretos de redacción, y no lo puedo decir a usted.

—Entonces para mí, "Óscar" es usted, puesto que usted es el director del periódico en que se ha publicado el artículo. Y como yo soy español, me considero insultado por usted.

—Pero es que yo... el periódico... ya ha manifestado su opinión...

El señor del Valle-Inclán se levantó y dijo al señor Agüeros:

—Señor mío, se acabaron ya los tiempos de tirar la piedra y esconder la mano. En asuntos de honor, ya no se admiten esas camandulerías. Espere usted la visita de dos caballeros. Quede usted con Dios.

El señor del Valle-Inclán se retiró, y veinte minutos después sus representantes, los señores don Juan M. Sancho y don Manuel Larrañaga Portugal, se presentaban en la redacción de *El Tiempo*; pero se les dijo que el señor Agüeros no estaba allí.

Es de advertir que todo esto sucedió entre 12 y 1 y que en la puerta de la redacción hay un letrero que dice: "El director, de 12 a 1".

Los señores Sancho y Larrañaga dejaron un recado escrito al señor Agüeros, citándolo para las cuatro de la tarde.

Volvieron a dicha hora e igualmente se les dijo que no estaba el señor Agüeros: le esperaron inútilmente hasta las cinco de la tarde, y se retiraron dejándole una carta en la que le explicaban el motivo de su visita, y le citaban para el día de ayer.

El señor del Valle-Inclán es un joven y ya notable periodista español, que ha escrito en los más afamados periódicos de la península, como *La Ilustración Ibérica*, *El Heraldo de Madrid* y *El Globo*. Está desde hace un mes en México, y es redactor de nuestro colega *El Correo Español*. Los lectores de *El Universal* ya le conocen, pues nos ha favorecido con su colaboración literaria, publicando en nuestro periódico, su preciosa leyenda "Zan el de los Osos".

Sabemos que el señor Juliet de Elizalde, director de *El Correo Español*, no pudo aunque lo deseaba, retar a "Óscar" o en su caso, al director de *El Tiempo*, porque, según las leyes del honor, esto le habría imposibilitado para defender en su periódico a la colonia española de los in-

DUELO PENDIENTE.

Don Ramón del Valle-Inclán.

Y
DON VICTORIANO AGÜEROS.



Don Ramón del Valle-Inclán.



sultos que de *El Tiempo* ha recibido.

Ignoramos aún quiénes serán los representantes del señor Agüeros, pues ni por un momento dudamos que haya admitido el reto, puesto que permite batirse a sus redactores. Se habrá convencido ya de que si se pueden hacer a un lado por un momento las creencias religiosas para difamar e insultar, es lógico no apelar a ellas cuando se trata de dar una reparación por las injurias. Estamos, pues, seguros de que a la hora en que estas líneas escribimos, estará concertado el lance. Tendremos al corriente a nuestros lectores de las peripecias de este desagradable asunto.

Sentimos de veras el percance de *El Tiempo*. Si fuéramos a imitar su conducta para con nosotros cuando nos hemos encontrado en circunstancias difíciles, como en el asunto Poulat, nos haríamos eco de todas las hablillas que corren por ahí. Diríamos, por ejemplo, que se dice que ese artículo de "Óscar", fechado en Puebla el cinco de mayo, y publicado en *El Tiempo* una semana después, fue fraguado de la redacción del colega, a causa de que español rico y honorable, que otras veces lo ha favorecido, se negó a proporcionarle una vez más una gruesa suma de dinero.

Con toda energía rechazamos esos dichos. No creemos que haya en el periodismo mexicano quien por un puñado de cuartos insulte al gobierno del país y a toda una clase honorable de la sociedad.

A última hora hemos sabido que no es solamente el señor del Valle-Inclán quien ha pedido al señor Agüeros una reparación por las injurias inferidas a todos los miembros de la colonia, sino que otros muchos caballeros españoles se disponen a hacer lo mismo. De Puebla ha llegado también el estimable caballero señor Suárez, comisionado por la colonia residente en aquella ciudad para averiguar el verdadero nombre de "Óscar" y si realmente vive en Puebla, para poder pedirle la reparación debida.



García Cabral

1921*

Si alguna vez don Ramón se expresó en verdad —el maravilloso embustero— fue cuando dijo a nuestro Alfonso Reyes: —México me abrió los ojos y me hizo poeta. Hasta entonces, yo no sabía qué rumbo tomar. Y agregaba: —¡Y decidí irme a México, porque México se escribe con x!

Dos veces vino Valle-Inclán a esta tierra que le dio tantos materiales de imaginación para sus divinas fábulas. La primera cuando, en un recodo del tiempo, se encontró con la Niña Chole, cuya belleza bárbara dejó indeleble en las páginas de su *Sonata de estío*; y fue entonces cuando hizo sus primeras armas, como periodista, en *El Imparcial*, en la sección de traductores que dirigía don Balbino Dávalos.

Alguna vez, charlando con él en los pasillos del Regis, más allá de la medianoche, cuando estábamos en los jardines resplandecientes de su conversación, nos refería que fue sargento del ejército mexicano, a las órdenes del general Rocha, aquel que mordía los vasos al beber. Y

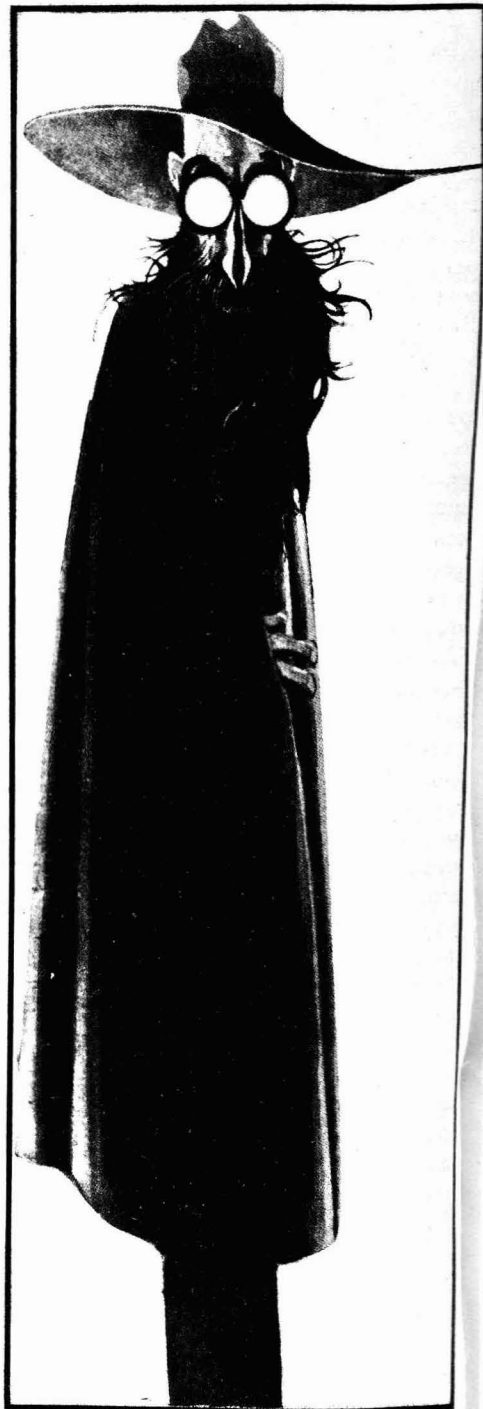


la segunda, cuando en 1921, vino invitado por el Gobierno, en calidad de huésped de honor, a las fiestas del Centenario. Pero él aún ausente su persona física, seguía viviendo estíos y primaveras en el México que recreaba en sus cuentos de opio y en sus tertulias de café.

Éramos sus oyentes —porque él monopolizaba la palabra— en la tertulia que habíamos improvisado entre los gallos y la medianoche, don Ricardo Fernández Guardia, y Raúl Porras, el biógrafo de Lima, para quien los chistes de Valle-Inclán eran manjar imponderable. Y se nos reveló *causseur* en aquellas charlas a que lo invitó Vasconcelos para que en el Anfiteatro de la Preparatoria explicara el origen de las *Sonatas* y que hasta hoy no han tenido émulo en el prestigioso recinto.

Y la comida en Los Monotes y la noche del Principal en que la Rivas Cacho estuvo airosa, y la cena en que estuvieron Montenegro, Enciso y Porras, y en la que don Ramón se superó disertando sobre las cosas estupendas de España y de América. Y la fiesta que en el Restaurante Chapultepec, fue dada a los delegados del Congreso Internacional de Estudiantes, cuando después de la arenga del poeta Pellicer habló así el mago de “las barbas de chivo”:

“Ilustre Rector, animosos estudiantes: Voy a brindar por vosotros y por la juventud que representáis. Yo, que siempre he sido el eterno joven, os admiro. Para conservar siempre los ideales y la fragancia juveniles, hay que dar un salto mortal, con peligro de romperse el espinazo. Y yo lo he dado. Constantino, con el objeto de allegarse soldados, proclamó el infundio de que había visto la cruz *in hoc signo vincis*. Pero desde ese preciso momento, Constantino, en vez de hacerse cristiano, dejó de ser cristiano... Seamos rebeldes... La juventud vive ahora en una sincera rebeldía.”



García Cabral